

son en otros países; pues se procura menos adquirir la fama de orador que la de esacto y metódico, porque se intercalan en los sermones controversias de metafísica, tratados graves y hasta reflexiones políticas. Los sermones de la fundación de Boyle, los de la sociedad de Lincoln's Inn, los de Gray's Inn, y los de Old Jewry, eran muy concurridos, y muchos han sido también impresos.

Seria injusto no reconocer que todos los ramos de la ciencia eclesiástica eran cultivados en Inglaterra casi con el mismo celo que en Francia por la misma época. Algunos hombres de talento estudiaban las lenguas sabias, la literatura bíblica, las antigüedades, la historia, la controversia y la moral, y de este estudio nacian muchas obras, en que el gusto y la erudición, la literatura y la crítica se prestaban mútuo apoyo. Al mismo tiempo algunos filósofos, verdaderos amigos de la sabiduría, meditaban sobre las grandes pruebas de la ley natural y de la Religión, esponiendo con claridad y estableciendo con método las verdades capitales del cristianismo. Los hombres de mérito que se encontraban en el seno de la iglesia establecida, no se han escapado á la sagacidad del autor cuyo testimonio hemos citado hace poco, y de quien seguiremos tomando los nombres que vamos á citar á continuación. El arzobispo de Cantorbery, Tenison, dice el referido autor (1), se distinguia verdaderamente mas por su moderación que por el lustre de sus talentos; sin embargo, no era indigno del alto rango que su dignidad le daba en la Iglesia y en el Estado. Sharp, arzobispo de York, después de haber adquirido reputación como predicador, se distinguia por su habilidad en los negocios. Compton, obispo de Londres, que habia mostrado tanto ardor por la revolución, era un protestante celoso. Burnet, obispo de Salisbury, partidario no menos ardiente de la revolución de 1688 y de la sucesión en la línea protestante, es muy conocido por escritos muy apreciados en aquella época en Inglaterra, pero cuyo mérito no se ha hecho conocer igualmente del lado acá del mar. Su *Historia de la reforma* ha sido refutada por Bossuet, y el honor de haber tenido tal adver-

(1) *Mem. para la Hist. eccl. del siglo XVIII.* Introd. p. CXCIV.

sario podrá contribuir á salvar del olvido el nombre del prelado anglicano. Dice Smolett que este obispo fué generalmente aborrecido y despreciado; y efectivamente, es cierto que Burnet dió mucho que hablar con algunos de sus hechos y escritos. Él es el autor de una Memoria, en la que para asegurar la sucesión del trono entre los protestantes, proponia que, ó bien se declarase nulo el matrimonio de Carlos II, ó se le dieran dos mujeres á la vez. En 31 de diciembre de 1706 predicó un sermón de aparato, en que trató de probar, por medio de la Santa Escritura, que el hacer la paz con la Francia seria un crimen digno de los mas severos castigos. El historiador Smolett le reprende de haber acumulado en este sermón las injurias mas atroces, las invectivas mas sangrientas, y las imputaciones mas odiosas é infamantes contra Luis XIV. Patrick, obispo de Ely, era sábio y hábil. Cumberland, obispo de Peterborough, Fowler que lo era de Gloucester, y Kidder de Bath, eran apreciados por su carácter y conocimientos. Otros eclesiásticos, que posteriormente ascendieron al episcopado, tenían acaso aun mas mérito. Atterbury, ambicioso y exaltado, pero escritor hábil y literato muy ameno, servia al partido del alto clero con mas calor que discreción. Bull defendia la doctrina católica acerca de la Trinidad, por medio de sabios escritos que le merecieron elogios y gracias por parte de Bossuet. Beveridge, Nicolson y Hooper eran versados, los dos primeros en las antigüedades eclesiásticas, y el último en la controversia. Hoadly y Sherlock comenzaban entonces su carrera. Algunos doctores que permanecieron siempre en el rango inferior del clero, servian también á la iglesia anglicana con sus talentos y su celo. Bennett refutaba á los *disidentes* con numerosos escritos. Bentley, crítico hábil, y literato ejercitado, servia á la Religión, ya por medio de sus sermones de Boyle, ya por medio de sus escritos contra Colins. Bingham trabajaba en el retiro componiendo el sabio tratado de los *Orígenes eclesiásticos*. Uno de los mas célebres doctores de aquel tiempo, Clarke, se distinguia en la predicación, en la controversia y en la metafísica, y defendió los grandes principios de la existencia de Dios é inmortalidad del alma. ¡Feliz él, si luego no hu-

biera desconocido uno de los primeros fundamentos del cristianismo! Collier se indignaba contra la inmoralidad del teatro, en el que tuvo el honor de introducir una reforma. Dodwell no mereceria mas que elogios por su vasta doctrina y pasmosa fecundidad de su pluma, si alguna vez no hubiese hecho servir su erudición para sostener paradojas injuriosas al cristianismo y aun á los mismos principios de la ley natural. Mill publicaba entonces su hermosa edición del Nuevo Testamento. Prideaux, South, Whitby y Wollaston se distinguian por escritos de diferentes géneros.

Sin embargo, aunque un gran número de individuos del clero anglicano honrasen aquella comunión con sus talentos y el uso que hacian de ellos, no es menos cierto que muchos caian en los mas graves errores, y es conveniente consignar este hecho para demostrar hasta qué punto pueden ser arrastrados los hombres que, aunque por otra parte sean juiciosos y recomendables, se dejan llevar sin el peso de la autoridad de la Iglesia por la via del juicio particular, principio constitutivo de la reforma y origen fecundo de errores (1). Tomás Burnet, escribia el romance del universo en su libro intitulado *Teoría sagrada de la tierra*, obra llena de imaginación, y que á pesar de haber sido alabada por Bayle, no por eso deja de estar establecida sobre principios falsos. Este autor es aun menos ortodoxo en su libro *Del estado de los muertos y de los resucitados*, en el que se atreve temerariamente á combatir la eternidad de las penas, y opina que por último todo el linaje humano se salvará. Clarke y Wiston escribian á favor del arrianismo. Podria en cierto modo escusarse á Dodwell, si no hubiera tenido mas preocupaciones que las de los teólogos de su comunión contra los católicos; pero se dejó llevar á tales aberraciones, que no hay excusa alguna que pueda disculparlas. En sus *Disertaciones sobre San Cipriano*, ataca rotundamente la creencia general de los cristianos sobre el número de los mártires. Llegó á persuadirse de que los Padres de la Iglesia eran hombres piadosos, pero tan sencillos, que con facilidad habian creído hechos dudosos. Hizo esfuerzos

(1) *Mem. para la Hist. eccl. del siglo XVIII.* t. I. Introducción, pág. CCIV.

por probar que el alma es mortal por naturaleza, y se imaginó que la inmortalidad era una especie de bautismo conferido al alma por un don de Dios y por el ministerio de los obispos. También opinó que los Evangelios no habian sido recogidos sino en tiempo de Trajano. Finalmente, no parece sino que á proporción que iba avanzando en edad, tenia mas placer en inventar y sostener paradojas de que los incrédulos han abusado posteriormente. Sherlock, el padre del obispo, se separó de la creencia ortodoxa en su defensa de la Trinidad, queriendo dar una explicación nueva de este misterio; explicación que pareció tener tendencia al triteísmo y que fué censurada en 1695 por la universidad de Oxford. Whitby, que en su vejez se hizo arriano, retractó todo lo que sus primeras obras tenían de conformidad con la fé de la Iglesia cristiana. En su interpretación de la Escritura, parece que no trató mas que de ridiculizar á los Padres. Fowler, obispo de Gloucester, opuesto á la doctrina rígida de los primeros reformadores, á la justicia imputativa y á la predestinación absoluta, era partidario de la libertad religiosa. Llamábanle el *predicador racional*, por lo mucho que insistia en el uso de la razón en materias de Religión. Así es que mereció ser el precursor de un partido que á fines del siglo XVIII fué muy numeroso en Inglaterra.

#### HOLANDA.

La libertad de pensar, cuyos rápidos progresos en Inglaterra acabamos de indicar, habia establecido su trono, digámoslo así, en Holanda; desventurado país, que por su aversión á la España, se habia comprometido, ó por lo menos confirmado en la rebelión contra la Iglesia madre y maestra de todas las demas.

El calvinismo, levantado sobre las ruinas del catolicismo, habia llegado á ser la religión dominante en los diversos Estados de esta república; mas el calvinismo, constantemente animado del espíritu de independencia, hacia nacer entre sus teólogos disputas tanto mas reñidas, cuanto que habiendo sacudido el yugo de la autoridad y no admitiendo como regla de fé mas que la palabra de Dios, consignada en la Escritura, no tenían, segun sus principios, ningun medio de discernir con certeza

parte de quien estaba la verdad. Así es como se originó el arminianismo, cuyas disputas á la vez teológicas y políticas agitaron á los calvinistas de Holanda. Disputas singulares, pues la iglesia protestante, renegando de hecho al principio de donde habia tomado su origen, usó entonces el mismo lenguaje y la misma conducta que la Iglesia romana, sin acordarse de que habia acriminado á esta última por esa conducta y ese lenguaje; pues en Dordrecht se declaró en 1619, que las disputas relativas á la predestinacion y la gracia, suscitadas entre los arminianos y los gomaristas, no podian ser terminadas sino por medio de un sínodo: lo cual equivalia á decir implícitamente que la palabra de Dios no es la única regla de la fé, y que en las cuestiones cuyo objeto es el dogma, solo al tribunal infalible de la Iglesia es á quien compete decidir por medio de un juicio irrevocable sobre todo lo que haya de creerse ó reprobarse. Cuando despues de la decision de aquel sínodo se obligaba á los pastores y á los fieles á aceptarlo, cuando se quitaban los empleos á los que le negaban su adhesion, y cuando se les trataba de herejes y excomulgados, claro está que se consideraba como cosa cierta que la Iglesia tiene derecho de exigir de sus hijos una sumision, no solo exterior, sino interior y sincera, á sus decretos, y que puede asimismo castigar á los desobedientes. Marchaba, pues, en este particular la iglesia protestante por el mismo camino que la santa Iglesia romana, y por consiguiente venia á reconocer paladinamente que los autores de la reforma habian andado desatinados en acusar á esta última de opresion y de tiranía, solo porque queria que sus decisiones sirviesen de regla en materia de doctrina, y excluía de su seno á todos los que perseveraban en el error despues de su definicion. Por lo demás, despues que variaron los intereses de los que perseguian á los arminianos, consiguieron tolerancia, así para ellos, como para todas las demas sectas, de las que puede decirse que las Provincias-Unidas eran la patria común.

A la sombra de los calvinistas mas ó menos rigidos, se iban introduciendo los socinianos. Juan Le-Clere, profesor por mucho tiempo de literatura y filosofia en Amsterdam; su amigo Felipe de Limborch, que desempe-

ñaba una cátedra de teología; el médico Van-Dale, etc., propagaron por medio de sus escritos, anónimos ó firmados, en sus cátedras ó por medio de periódicos, sus doctrinas hostiles á la revelacion. Atribúyese á Le-Clere una obra (1), en que se trata de probar que Moisés no es el autor del Pentateuco, y respecto de ciertos libros de la Escritura se establecieron sistemas con el objeto de negarles la inspiracion. Le-Clere adopta además en otros escritos las interpretaciones socinianas, esplica los milagros de un modo natural, pretende dar diversa significacion á las profecias que hablan del Mesías, altera los pasages que prueban la Trinidad y la divinidad de Jesucristo, y por otra parte, trata con la misma falta de respeto á los Santos Padres y á la tradicion que á la Escritura (2). Bayle, cuyas disputas con Jurieu dividieron los ánimos; Bayle, en cuyas lecciones aprendió Shaftesbury la indiferencia total en materia de Religion; Bayle, á quien los incrédulos de Francia consideraron como uno de sus mas dignos antecesores y que estaba en relaciones con los deístas ingleses, fué aun mucho mas allá que los socinianos. Los escritos de este escéptico, que murió en Holanda á principios del siglo XVIII, fueron el arsenal, digámoslo así, de la incredulidad, y su influencia se desarrolló particularmente en un pais donde la confusion de todas las sectas dejaba espedito el camino á las tentativas de los socinianos y de los incrédulos. ¿Podia Bayle fracasar en donde Espinosa habia erigido una escuela de ateísmo?

Mas no por esto se entienda que Holanda cerró enteramente sus puertas á la verdad. Ciertamente que ya no era aquella época el tiempo en que la Silla de Utrecht, erigida en metrópoli en el año 1559, tenia por sufragáneos á Haarlem, Leuswaerde, Deventer, Groninga y Middelbourg. Los obispos habian sido dispersados por la revolución, y hallándose la Silla de Utrecht en el mismo lamentable estado que las otras, es decir, sin pastor, la Holanda, á manera de los países en que es

(1) Opiniones de algunos teólogos de Holanda respecto á la Historia crítica del Antiguo Testamento, por M. Simon.

(2) Mem. para la Hist. ecles. del siglo XVIII, t. 1, Intr. p. CIV.

ve proscrita la Religion católica, se hallaba gobernada por vicarios apostólicos revestidos del carácter episcopal y con el título de *in partibus infidelium*. A pesar de eso, el obispo de Castoria, De-Neercassel, vicario apostólico, que falleció en 1686, habia tenido, no obstante la defeccion del mayor número de holandeses, el cuidado de una numerosa porcion de católicos. Amsterdam, menos dispuesta que las demas ciudades en favor de las nuevas teorías, no se entregó hasta el 1687 al príncipe de Orange, y eso con espresa condicion de que no inquietaria á los ortodoxos; condicion que no fué cumplida, pues de allí á poco se espulsó á todos los sacerdotes y religiosos y se hizo cesar todo ejercicio público de la Religion católica. Mas á pesar de eso, en Amsterdam subsistieron veinte mil ortodoxos y catorce templos. Habia en las Provincias-Unidas cerca de medio millon de católicos, gobernados por cuatrocientos curas. Mas, ¡triste condicion de aquella Iglesia! el cisma la habia disminuido, y el jansenismo la dividió. El obispo de Castoria, que por otra parte era un prelado tan instruido como regular, dió acceso á los discípulos de Jansenio, y su sucesor Codde, arzobispo de Sebaste, se constituyó en fautor de las nuevas opiniones. Habiéndosele mandado comparecer en Roma, fué declarado suspenso, é interinamente se confió su vicariato á Cock, cura de Leyda. Los Estados, saliendo á la defensa del prelado jansenista, dieron al mundo el ridiculo espectáculo de un soberano protestante en lucha con las censuras del Vicario de Jesucristo. Sabiendo el Papa que los rebeldes se prevalían de un poder herético contra él y contra Cock, que era su legítimo representante, escribió á los católicos de Holanda para precaverlos de la seduccion. El arzobispo de Sebaste, despues de haber regresado á su pais y sido depuesto por decreto de 3 de abril de 1704, falleció en 1710. No habiendo Cock podido desempeñar sus funciones, encargó Clemente XI á su nuncio en Colonia que vigilase sobre la mision de Holanda. El nuncio nombró pues, en 1707, con el título de obispo de Hadrianópolis, un vicario apostólico que los refractarios no quisieron reconocer, á quien los Estados prohibieron la entrada en el pais, y el cual, por amor de la paz, renunció últimamente su jurisdiccion.

Otro vicario, nombrado por el nuncio algunos años despues, fué asimismo condenado á destierro y á pagar una multa. Afortunadamente, la mayor parte del clero católico holandés se habia resistido á este espíritu de oposicion á la Santa Sede; de manera que solamente la minoría consumió tan aflictiva desobediencia.

Volveremos á recordar, con motivo de la Francia, sobre quien vamos ahora á dirigir nuestra vista, todos los males producidos por el jansenismo.

#### FRANCIA.

#### § I.—Cuadro político de la Francia en el siglo XVII.

El fin del siglo XVI y el principio del siguiente presentan un aspecto tan contrario, domina en ellos un espíritu tan diverso, que no parece sino que ambas épocas se hallan separadas por un largo intervalo.

Durante un periodo de cuarenta años se habia visto en Francia á la discordia acalorar los ánimos, desunir las familias, agitar todas las provincias y amenazar al reino con una total ruina. A estos hábitos tan funestos sucedieron disposiciones mas benignas, acreditadas por un grande ejemplo. Enrique IV, príncipe bueno y enérgico, enfrenaba las pasiones por medio de su prudencia, al mismo tiempo que predicaba la concordia por medio de su indulgencia con los pasados errores. Enmudecian las enemistades ante su clemencia, y los ánimos mas enconados se rendian al ascendiente que inspiraban su edad, su experiencia, sus prósperos sucesos y la lealtad de su carácter. Todas las clases del Estado se honraban en contribuir á la ejecucion de sus generosas intenciones, y un movimiento general parecia ser el precursor de una grande restauracion (1). Pero, dice Mr. de Saint-Victor (2) cuando la vigorosa mano de Enrique IV, que por un momento habia contenido los progresos del mal, llegó á desfallecer, todos los síntomas de la disolucion social volvieron á presentarse. Las tres oposiciones, esto es, la de la nobleza, la de los protestantes y la del

(1) Ensayo sobre la influencia de la Religion en Francia durante el siglo XVIII, t. 1, pág. 72.

(2) Cuadro hist. y pint. de París, t. 3, parte 2, pág. 57-65.

parlamento que representaba la de del pueblo, volvieron al instante á levantarse para principiar de nuevo su lucha contra el poder; y este poder, que los príncipes de Guisa, últimos que han comprendido la monarquía cristiana, habían vanamente intentado enlazarle con la autoridad espiritual por medio de todos los lazos que podían sostenerlo y reanimarlo; este poder, volvemos á decir, obstinándose en permanecer aislado y en no querer buscar sino en sus propias fuerzas el principio y la razón de su existencia, viéndose combatido por todas partes, se halló en el mayor peligro en que jamás se ha visto.

Ahora bien; como toda corrupción va siempre en aumento cuando no es contrariada por una fuerza que detenga á sus progresos, es digno de notarse que lo que la influencia de los Guisas, a síada por las circunstancias de su época, pudo conservar de religioso en la sociedad política, se había ido estinguendo por grados, no dejándole por último casi nada más que lo que ella tenía de material.

Y efectivamente, bajo los últimos Valois, en medio del maquiavelismo de un gobierno que por último se había arrojado en brazos de la indiferencia religiosa y de todos los extravíos que son consiguientes, se había visto formarse entre los grandes un partido que, con el nombre de político, se había colocado entre los católicos y los protestantes, no admitiendo nada más que ese materialismo social de que acabamos de hablar, y uniéndose al monarca, tan solo porque este era el representante de aquel orden puramente material. Al mismo tiempo se vió á un Monarca imprudente (1) que prefería este partido á todos los demás, porque su política sofisticada creía hallar en él un medio de combatir á un mismo tiempo la oposición católica, que quería no lerar su poder, y la oposición protestante, que anhelaba destruirle.

Mas este partido maquiavélico no pensaba detenerse ahí; y como que debía su existencia á intereses puramente humanos, según variasen estos mismos intereses debía de variar su marcha. Así es que después de haber sido el auxiliar del rey, se levantó contra el rey; una vez fué el aliado de los protestantes, y de allí

(1) Enrique III.

á poco combatió contra ellos en las filas de los católicos, no siguiendo mas norte que el de su propia utilidad. El Estado se vió, pues, atormentado de un mal que jamás hasta entonces había conocido. Aquellos Guisas, cuya conducta no puede uno cansarse de admirar, auxiliados con la fé de los pueblos y la conciencia de los grandes no afectados aun del contagio, hubieran triunfado por último de este funesto partido; pero el último de ellos cayó, y quedó dominante dicho partido.

La Religion, espulsada de la sociedad política, buscó su último asilo en la familia y en la sociedad civil. Efectivamente, la oposición popular era religiosa, y por muchas razones, que por sí mismas se desarrollaron posteriormente, debía seguir siéndolo mucho tiempo aun; mas rehusando los parlamentarios, verdaderos caudillos del partido popular, reconocer (por efecto de una inconsecuencia originada del mismo principio de rebeldía contra el poder espiritual, principio que había corrompido en Francia casi todos los ánimos) el carácter monárquico de este poder y su infalibilidad, la oposición se hizo á la vez religiosa y democrática; es decir, estaba igualmente dispuesta á luchar contra los papas y contra los reyes; y á medida que la fé del pueblo se fuese debilitando, la oposición debía de ir siendo mas peligrosa contra los reyes y contra los Papas; y por desgracia, abundaban por todas partes los perniciosos elementos que contribuían á debilitar esa fé del pueblo.

Por lo que toca á los protestantes, su oposición puede mas bien calificarse de verdadera rebelión. Fanáticos, ó indiferentes (pues á estos dos extremos de sus funestas doctrinas habían ya llegado), todos estaban ya de acuerdo en que no hay autoridad que no pueda ser disputada ó combatida, estableciendo cada cual, por supuesto, que la suya propia era la que debía dominar; de manera, que eran unos republicanos, ó mas bien dicho, unos demagogos, que en el seno de una monarquía estaban conjurando abiertamente.

Hallándose, pues, estas tres oposiciones animadas de un espíritu de desorden (y aquí nos creemos dispensados de probar que la sola resistencia que existe en el orden social es la de la ley divina, opuesta por aquel que es su único intérprete, contra los excesos y desma-

nes del poder temporal; por la razón de que esta ley, no nos cansaremos de decirlo, es igualmente obligatoria para el que manda que para el que obedece, y por consiguiente es el único freno que puede imponerse á los reyes, y el manantial de las únicas verdaderas libertades que corresponden á los pueblos), por una consecuencia necesaria de este desorden, todo en el cuerpo social tendía sin cesar á la anarquía, así como en el poder todo se encaminaba al despotismo, como último recurso que le quedaba contra una corrupción de que él era el principal autor. Para hacer entrar en regla á los pueblos, hubiera sido preciso que los reyes se hubieran sometido á ella los primeros; mas como ellos no lo querían, y por otra parte no hallaban en sí mismos elementos para arreglar á sus vasallos, nada mas podían hacer que contenerlos. Nació Enrique IV en el seno del protestantismo, de cuyas doctrinas y preocupaciones se empapó en su mas tierna infancia, no tenía quizá todas las luces necesarias para comprender la estension de tamaño mal, ó puede que acaso lo conociera hasta cierto punto, sin saber á dónde acudir para hallar el verdadero remedio, ó acaso no ignoró tampoco esto último, pero no juzgó que fuese ya posible aplicarlo. Como quiera que sea, su valor, su actividad y su prudencia no produjeron mas resultados que proporcionarle el prestigio necesario para contener aquellas resistencias, rivales ó enemigas de su poder, y encerrándolas en límites, que mientras él vivió no se atrevieron á traspasar, entregó á su sucesor la sociedad en el mismo estado que él la recibió de manos de los reyes desgraciados ó poco hábiles que le habían precedido.

Bajo la administración débil y vacilante de una menor edad, que venia en pos de un reinado tan floreciente y lleno de vigor, no tardaron en presentarse las oposiciones con el mismo carácter y con la nueva perversidad adquirida con el trascurso del tiempo. Los grandes, por su parte, ya no necesitaban para resistir al monarca, ni aquellos motivos legítimos, ni aun aquellos pretextos laudables de conciencia y de creencias religiosas que en los últimos reinados justificaban la oposición, ó al menos parecían justificarla: ahora se presentaban pidiendo descaradamente parte del poder, codiciando los tesoros del Estado, siendo

á la vez avarientos y ambiciosos. Ciega, como todo lo que es exagerado, esta oposición aristocrática intentó sublevar en su favor á la oposición popular, ya provocando una asamblea de Estados generales, ya despertando en el parlamento aquel espíritu de rebelión y aquellas pretensiones insolentes, que no dejaban de reproducirse á la menor ocasión que se presentaba. También se la vió contraer alianza con la oposición protestante con mayor escándalo que nunca, y finalmente, robusteciéndose con estas divisiones, marchó esta hácia el objeto con toda su antigua audacia, con planes mejor combinados, con mayores probabilidades de buen resultado, y no tratando con los demás partidos mas que para asegurar la independencia del suyo. Por último, habiendo la misma corte, asaltada así por todas partes, venido á parar en dividirse entre un joven príncipe, á quien sus favoritos incitaban á que tomara las riendas de un poder que le pertenecía, y su propia madre que se empeñaba en retenerlo, el desorden llegó á acrecentarse extraordinariamente con estas escandalosas disensiones.

Y no se nos diga que esos desórdenes vuelven á presentarse en todas las épocas en que el gobierno se muestra débil, y que en Francia las minorías han sido siempre ocasión de turbulencias y discordias intestinas; pues eso sería no comprender las cosas ó detenerse únicamente en su superficie. En tiempos mas antiguos, y en apariencia mas groseros, los desórdenes que las pasiones políticas escitaban en la sociedad no tenían el mismo principio ni las mismas consecuencias: la corrupción procedía mas bien del corazón que de la cabeza; así es que luego que esas pasiones empezaban á calmarse, las creencias comunes restablecían el orden como por encanto, y todo volvía naturalmente á la unidad (1).

(1) Bajo las dos primeras razas, y particularmente á fines de la segunda, el desorden político llegó á ser tan grande, ó acaso mayor que en ningún otro período de la monarquía: hubo un momento de disolución, en que pareció que todas las partes del cuerpo social habían llegado á su último término y que no quedaba ya esperanza alguna. ¿Cuál fué el poder que dió repentinamente á esta monarquía, que perecía, por decirlo así, al salir de la infancia, la vida que ya estaba á punto de estinguirse, devolviéndosela para una larga serie de siglos? La Religion, si, no nos cansaremos